

Juan Carlos I, el último Borbón

Las mentiras de la monarquía española

Juan Carlos I, el último Borbón
Las mentiras de la monarquía española

AMADEO MARTÍNEZ INGLÉS

Styria

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo del editor.

© 2007, Amadeo Martínez Inglés
© 2007, Styria de Ediciones y Publicaciones S. L.
Tuset, 3 2ª - 08006 Barcelona
www.styria.es
Primera edición: febrero de 2008

LA FOTOCOPIA MATA AL LIBRO
Diseño de cubierta: Enrique Iborra
Maquetación: Cristina Payà (www.ipstudio.es)
ISBN: 978-84-96626-70-6
Depósito Legal: B-2.233/2008

Impreso y encuadernado por Industria Gráfica Domingo S.A.

Impreso en España – *Printed in Spain*

«Antes, durante y después del 23-F, he estado a las órdenes de S.M. el Rey. He obedecido todas sus órdenes. Me llena de indignación que piensen que he sido desleal al Rey.»

General Alfonso Armada, marqués de Santa Cruz de Rivadulla.
Libro: *Al servicio de la Corona*

«Los grandes hechos históricos son siempre muy complejos y es muy difícil conocer toda la verdad sobre los mismos. Por eso es bueno que haya historiadores que los estudien y analicen en profundidad y durante años. En el 23-F existían, hasta hace muy poco tiempo, abundantes enigmas que, afortunadamente, recientes investigaciones van aclarando. Como los tres golpes militares en preparación en España al comienzo de 1981.»

General Sabino Fernández Campo, conde de Latores.

(En respuesta a la pregunta de un periodista de la COPE, en abril de 2007, que quería conocer su opinión sobre el hecho de que algunos historiadores, en clara alusión al autor del presente libro, cuestionen en sus trabajos la figura del rey y le señalen como máximo responsable del 23-F)

Índice

Introducción	15
1. Franco quiso hacerlo soldado.	29
–El Régimen franquista busca heredero con pedigrí. –Franco se fija en el hijo mayor del conde de Barcelona, un muchacho introvertido y mediocre que puede servir perfectamente a sus fines. –Pero antes que rey deberá ser soldado. –Viaje a España. –La etapa Montellano. –Ingreso en la Academia General Militar. –Los «sábados, sabade- tes...» del cadete <i>Juanito</i> .	
2. Borbón mata a Borbón.	71
–29 de marzo de 1956: el cadete Borbón, 18 años de edad, con seis meses de instrucción militar y experto en toda cla- se de armas de fuego, mata de un disparo en la cabeza a su hermano Alfonso. ¿Accidente, homicidio por imprudencia o fratricidio premeditado? –Un manto de silencio cubre el trágico suceso. Nadie investiga nada. Ningún juez puede pronunciarse. –El conde de Barcelona al presunto homici- da: «Júrame que no lo has hecho a propósito.» Don Jaime, Jefe de la Casa de Borbón: «No puedo aceptar que sea rey de España quien no ha sabido aceptar sus responsabilida- des.» –Cincuenta años después, del estudio pormenorizado de los hechos se desprende que la muerte del infante Alfon- so pudo ser intencionada.	

<p>3. La Corona española bien vale una misa.</p> <p>–La etapa universitaria del teniente Borbón. –Sus aventuras amorosas. –Su sorprendente boda con la recatada Sofía. –Su designación como heredero de Franco a título de rey. –Su ascensión al trono. –La defenestración de Arias Navarro.</p>	<p>99</p>
<p>4. Adolfo Suárez, presidente del Gobierno.</p> <p>–El primer Gobierno del rey. –La legalización del PCE casus belli para el Ejército. La División Acorazada Brunete, mandada por el general Milans del Bosch, calienta motores. –El rey controla con dificultad el primer órdago militar franquista. –Mensaje personal al general Milans: «Jaime, no te muevas». Las primeras elecciones generales del 15-J.</p>	<p>141</p>
<p>5. El Ejército contra el rey.</p> <p>–El otoño caliente de los militares franquistas. –La Operación Almendros. –Un nuevo y patriótico 2 de mayo. –La dimisión de Suárez. –El monarca contenta a sus generales: «El bien de España obliga a que este hombre salga del Gobierno.»</p>	<p>181</p>
<p>6. El 23-F nació en La Zarzuela</p> <p>–Una maniobra político-militar-institucional de altos vuelos para frenar el golpe involucionista de los capitanes generales franquistas. –Cómo se fraguó, planificó, preparó, coordinó y ejecutó la subterránea y chapucera apuesta borbónica, dirigida por los generales Armada y Milans y autorizada por el rey. –Las Cortes españolas reciben, en 2005, un exhaustivo Informe en el que se pide, por primera vez, una comisión de investigación parlamentaria que depure las responsabilidades del monarca.</p>	<p>211</p>
<p>7. El rey golpista.</p> <p>–Los españoles no nos privamos de nada: tenemos en la Jefatura del Estado a todo un flamante «rey golpista».</p>	<p>231</p>

–Abundantes indicios racionales señalan inequívocamente al rey Juan Carlos como máximo responsable de los sucesos que se desarrollaron en España en la tarde/noche del 23 de febrero de 1981.

- 8. La verdad se abre camino.** 261
- Año 2006: 25 aniversario del 23-F. –La denuncia sobre la suprema responsabilidad del monarca español llega a las más altas instituciones: Gobierno, Consejo de Estado, Consejo General del Poder Judicial, Tribunal Supremo... –El Estado calla y otorga, pero el Congreso de los Diputados, en una declaración institucional, rebaja drásticamente el protagonismo del rey en la resolución de la crisis desatada por Tejero. –Algunos grupos parlamentarios piden, por primera vez, que el rey comparezca ante los ciudadanos. –Las preguntas a las que éste deberá contestar algún día.
- 9. La información es poder.** 285
- Década de los ochenta. El rey, después del 23-F, coloca a sus peones: –Alonso Manglano, monárquico y buen amigo, director general del CESID. –Los servicios secretos y la cúpula militar convierten al monarca en la persona mejor informada del país. –Un Ejército sin soldados. –El juicio de Campamento. –La guerra sucia contra ETA. –Los GAL. –La «X» de Garzón debería llevar corona.
- 10. La bella y el rey (B.R.).** 311
- El mayor escándalo sexual de la monarquía borbónica. –Un largo y tórrido romance que nos ha costado a los españoles más de quinientos millones de pesetas. –La secreta maniobra de La Zarzuela y el CESID para enfrentar el chantaje de la vedette. La fortuna real, el yate *Fortuna* y la fortuna del yate... –El rey moroso. –El rey cazador. –El triste destino del oso «Mitrofán».

<p>11. Los válidos y los «cadáveres» del rey.</p> <p>–Juan Carlos I, un hombre sin piedad. Nunca le ha temblado el pulso a la hora de masacrar a sus enemigos y traicionar a sus amigos. –Los validos/kleenex de usar y tirar: Torcuato Fernández-Miranda, Adolfo Suárez, Alfonso Armada, Milans del Bosch, Sabino Fernández Campo, Mondéjar, Muñoz Grandes, Prado y Colón de Carvajal, Mario Conde... –Fidelidad hasta el máximo sacrificio, hasta la propia vida. –Una verdadera dictadura real en la sombra, apoyada en los servicios secretos, la cúpula militar, el amiguismo financiero y una pequeña casta de políticos afines, ha gobernado el país durante años.</p>	<p>337</p>
<p>12. Una boda a «lo persa».</p> <p>–El heredero: Un <i>play boy</i> antipático, desconocido para los españoles y mal visto por las casas reales europeas. Después de Eva Sannum, una cara mona de la televisión. El príncipe y la periodista: «O me caso con ésta o me largo.» La Almudena, 22 de mayo de 2004: Una boda real que pudo terminar como el rosario de la aurora. Operación Riego: Entre militares anduvo el juego. –El «acomodador» de postín que salvó <i>in extremis</i> la fastuosa ceremonia. –Impacto mediático a pesar de todo.</p>	<p>355</p>
<p>13. Sentados sobre un polvorín.</p> <p>–El futuro que viene. Con la próxima desaparición o abdicación de Juan Carlos I llegará la verdadera transición. –El nuevo ciclo histórico ha comenzado ya. El objetivo: Una España plural, sumamente descentralizada, moderna, democrática, solidaria, europea y republicana. –La III República española pide paso. La bandera tricolor florece en Madrid al socaire del «No a la guerra.» –Los 20.000 republicanos «fantasmas» del 22 de abril de 2006.</p>	<p>383</p>
<p>Índice onomástico.</p>	<p>411</p>

Introducción

El régimen político dictatorial, golpista, ilegítimo, ilegal... que se instauró en España en abril de 1939, tras la sangrienta rebelión militar protagonizada por el general Franco, no terminó, desgraciadamente, en noviembre de 1975 con la muerte del autócrata. Su legado, su testamento, su oculto poder, su alma perversa... continuaron existiendo en este país durante mucho tiempo y todavía se mantienen hoy, siquiera parcialmente, como desastroso resultado de una mal llamada «modélica transición» a la democracia en la que unos cuantos prebostes franquistas, bien situados en la cúpulas militar y civil, y siguiendo fielmente las directrices personales de su «generalísimo», decidieron dar vía libre a una anacrónica «monarquía parlamentaria» protegida y defendida por el Ejército y las fuerzas ultraconservadoras que propiciaron la Guerra Civil del 36. Con ello le hurtaron al pueblo español, tras la desaparición física del «espadón» gallego, la posibilidad de decidir libremente su futuro al tratar de mantener como fuera, con el escudo protector de una Constitución angelical, formal y posibilista que contemplaba (y contempla) la figura cuasi divina del heredero elegido por Franco, un sistema político *sui generis* que en la recta final de la primera década del siglo XXI, después de un relativamente largo período de tiempo con aparente buena salud, da síntomas de agotamiento y autodestrucción.

Este peculiar sistema político posfranquista de democracia formal, aparente, de buena cara exterior, vigilada desde su nacimiento por el Ejército y otros importantes poderes fácticos, y que, con el tiempo, ha devenido en una descarada oligarquía de dos partidos mayoritarios fuertemente jerarquizados y financiados por el Estado, ayudados esporádicamente en sus tareas de gobierno por una cohorte marginal de pequeñas fuerzas políticas nacionalistas

y de extrema izquierda, ha venido usando todos estos años como mascarón de proa y estandarte de la supuesta libertad y los hipotéticos derechos de sus «súbditos», la figura ejemplar, incorruptible, benefactora, providencial, democrática, altruista, limpia, campechana, deportista... de su titular, el rey Juan Carlos I, un hombre que, como si del último individuo de una rara especie en peligro de extinción se tratara, ha venido siendo protegido hasta la náusea por los poderosos medios audiovisuales, políticos, económicos y sociales del Estado.

Como resultado de esta penosa y larga campaña de intoxicación, deformación de la realidad y desinformación del pueblo español (que votó la «Constitución del cambio y la libertad» sin habérsela leído y con sus acobardados ojos clavados en los amenazantes cuarteles franquistas de la época), la inmensa mayoría de los ciudadanos de este país ha creído de buena fe durante años que este hombre que tan «providencialmente» nos envió el cielo para que los españoles no volviéramos a matarnos entre nosotros, el rey Juan Carlos I, ha impulsado y protegido la democracia como nadie en España y su largo reinado ha servido para estabilizar un régimen de libertades y un Estado de derecho en este país; pero que, sin embargo, su poder personal y su influencia en la vida política nacional ha sido más bien escasa, casi testimonial, por imperativos legales de la propia Constitución de 1978. Dando por bueno el conocido tópico de que «el rey reina pero no gobierna», muchos todavía se muestran convencidos, a día de hoy, de que, efectivamente, don Juan Carlos de Borbón y Borbón, el máximo representante de esa familia que previsiblemente pase a la historia como último soberano español (los tiempos evidentemente han cambiado y su hijo Don Felipe, si accede a la Jefatura del Estado por la vía nada democrática de los genes, lo va a tener muy difícil para mantenerse en un trono que apesta a naftalina en el marco de una Europa unida y republicana), ha reinado en este país desde aquél frío y preocupante día de noviembre de 1975 en el que sucedió al dictador Franco en la Jefatura del Estado «a título de rey» pero que ha tenido que ver más bien poco, por no decir nada, con el gobierno diario de la nación y con la resolución de las principales crisis o problemas a los que ésta ha debido enfrentarse en los últimos treinta años.

Nada más lejos de la realidad. Siendo cierto que la Constitución Española de 1978 limitó extraordinariamente los poderes del nuevo rey (aunque, eso sí, protegiendo su figura con el manto de una inmunidad total ante las

leyes, algo que no es de recibo en el marco de un Estado democrático y de derecho) reservándole casi exclusivamente un papel de «moderador y árbitro de las instituciones del Estado», también lo es que todos los presidentes de Gobierno elegidos democráticamente en este país en estas tres últimas décadas (absolutamente todos), bien sea por los difíciles momentos por los que tuvieron que pasar o porque ellos mismos lo quisieron así, buscaron deliberadamente cobijarse una y otra vez, para tomar sus decisiones, en la más alta magistratura de la nación, el rey. Éste, además de una muy cuidada imagen pública elaborada y protegida por todos los medios audiovisuales del Estado, representaba para amplios estamentos del antiguo régimen la «autoridad franquista» heredada de su predecesor, con un poder político subterráneo nada despreciable sobre todo en los primeros años de la transición, y que controlaba el poder fáctico por excelencia en España, el Ejército, que nunca dejó de vigilar el arriesgado proceso político en marcha.

Es por ello por lo que la institución monárquica representada por don Juan Carlos (normalmente desde la sombra, aunque saltándose a veces también cualquier prejuicio constitucional) ha venido ejerciendo, desde su instauración en 1975, un poder real, subterráneo, efectivo, dictatorial en determinados momentos y, desde luego, muy superior siempre al que le correspondía con la Carta Magna en la mano. Es decir, hablando en plata, el rey Juan Carlos I, una figura decorativa según muchos, prácticamente desde que el franquismo le catapultó al trono «del yugo y las flechas», hábilmente, sin alharacas, sin presencias inconvenientes en los medios de comunicación, sin decisiones públicas, sin manifestaciones institucionales (salvo las protocolarias y las por todos conocidas del muy oportuno 23-F, que le supusieron abundantes réditos democráticos), y con la solapada complicidad de generales, políticos acomodaticios y validos palaciegos, supo convertirse, emulando a su sanguinario predecesor, en el verdadero amo del país, en un poder fáctico real sin precedentes en la Historia de España salvo si nos remontamos a las épocas ya pretéritas del absolutismo regio de tan negro recuerdo.

Esto que acabo de afirmar sin circunloquios puede resultar excesivamente frívolo, sin fundamento, escandaloso y alejado de la realidad para algunos ciudadanos españoles totalmente desconocedores de los enrevesados entresijos políticos y militares por los que ha discurrido la vida pública en este país durante los últimos treinta años y nada conocedores, por lo tanto, del verdadero papel, nada testimonial, nada protocolario, nada democrático, que

ha jugado en ella el monarca elegido por Franco para sucederle en la Jefatura del Estado. Y hablo de entresijos «político-militares» porque, en efecto, la componente castrense ha sido determinante (junto con la política, subordinada siempre a la anterior) en el delicado proceso de transición abierto en España a partir del año 1975, una vez que el rey Juan Carlos I, con evidente pragmatismo, nítida visión de la realidad, ambición sin límites y afán de supervivencia personal y política, decidiera apoyarse en los altos mandos de las Fuerzas Armadas para ejercer ese poder oculto, aconstitucional, alegal, fáctico y resolutivo que ha subsistido hasta nuestros días.

De ahí que yo me permita aseverar, aquí y ahora (lo he esbozado ya en alguno de mis libros anteriores, pero la férrea censura editorial existente todavía en nuestro país me ha impedido, hasta el momento, ahondar públicamente en este delicado tema histórico de la «dictadura blanda» del último Borbón español), que el «simpático», «providencial», «campechano», «demócrata»... *Juanito*, heredero de Franco a título de rey, además de reinar en España desde noviembre de 1975 (esto nadie lo duda) ha gobernado este país como ha querido todos estos años; por supuesto en la sombra, siempre entre bambalinas, y ello fuera cual fuere el pelaje ideológico y partidario del presidente de Gobierno de turno (centrista, socialista, popular...), y también fuera cual fuere su talante y su empatía personal con la monarquía en general y el monarca felizmente reinante en particular. Y este gobierno real, fáctico, oculto, del último de los Borbones, que empezó a campar por sus respetos prácticamente desde su ascensión al trono, el 22 de noviembre de 1975, tomando decisiones importantísimas que cambiarían la historia de la transición (y la de España), todavía se haría más fuerte y descarado a partir del 23 de febrero de 1981 cuando el poder castrense franquista, tras el fracaso de su plan involucionista y antimonárquico preparado para ponerse en marcha el 2 de mayo de ese mismo año (debido a la arrojada maniobra interceptora del general Armada, apoderado del rey), desapareció prácticamente de la escena política y las nuevas Fuerzas Armadas de la etapa socialista juraron fidelidad y acatamiento (a cambio, eso sí, de pingües contrapartidas personales y profesionales para sus altos dirigentes) al «providencial salvador de la nueva democracia española».

Y si esto es así, se preguntará en estos momentos más de un lector, si es verdad que el rey Juan Carlos I ha ejercido todos estos años un poder político y personal muy superior al que le correspondía constitucionalmen-

te, interviniendo directamente en la gobernación del país por encima de aquellos a los que en ley les correspondía esa tarea por mandato imperativo de las urnas, ¿cómo ha podido hacerlo?; ¿por qué le han dejado los políticos democráticos abusar de sus funciones? Preguntas éstas, sin duda muy importantes, que apuntan directamente al meollo del presente libro y que estoy seguro quedarán oportunamente resueltas conforme nos adentremos en la lectura del mismo, pero que, no por ello, voy a dejar de contestar someramente en estas primeras líneas.

En primer lugar, al que luego reinaría en España con el título de Juan Carlos I siempre le gustó sobremanera el poder, desde muy joven, y de ahí que aspiró a ejercerlo obedeciendo a una desmesurada ambición personal que nunca se molestaría en disimular, sobre todo en su etapa de formación y primeros años de su reinado. Siendo cadete en la Academia General Militar de Zaragoza, en 1958, después de que un sospechoso «accidente familiar» hiciera desaparecer de la carrera por el trono franquista a su desgraciado hermano Alfonso, el preferido de su padre Don Juan (accidente, negligencia grave con resultado de muerte, homicidio por imprudencia o fratricidio premeditado, según el cristal con el que se mire, puesto que ni la policía ni la justicia, en su momento, ni la Historia después se han dignado investigar nada sobre la muerte del infante, ocurrida en Estoril en la Semana Santa de ese año, y que más adelante me voy a permitir analizar en profundidad como historiador y experto en armas), ya se jactaba ante sus compañeros de curso. Así las cosas, echando mano de la ampulosa retórica imperialista del franquismo más ancestral, afirmó que un día, no muy lejano, sería rey de España, de todos los españoles, y que llegado ese venturoso momento no dudaría en ponerse a trabajar con todas sus fuerzas para reverdecer los laureles y las glorias de sus antepasados en el trono.

En segundo lugar, resulta meridianamente claro a estas alturas de la película borbónica que al nuevo monarca colocado en el trono de España por Franco, con el peligro latente que en 1975 representaba todavía el Ejército del extinto dictador, le dejaron hacer y deshacer a su antojo los Gobiernos democráticamente elegidos en las urnas durante la enfáticamente llamada «modélica transición», sobre todo los presididos por Adolfo Suárez, Leopoldo Calvo-Sotelo y Felipe González. Evidentemente, el horno no estaba para bollos en aquella segunda parte de la década de los setenta y primera de los ochenta. Sin paños calientes, debo resaltar que el miedo (por no decir el páni-

co) a una involución sangrienta era absolutamente indescriptible en la nueva clase política asomada al poder o a sus aledaños, y el rey puesto al frente de la débil nave del Estado español por quien lo había elegido como depositario de su testamento político, se presentaba como el único clavo ardiendo al que poder asirse ante el oscuro (por no decir negro) porvenir democrático que se oteaba por el horizonte.

Y en tercer lugar, a falta de explicarme con mucha más profundidad a su debido tiempo, yo diría que la situación política y social en España llegó a ser tan desesperada en los primeros años del cambio político (y no sólo en el 23-F, sino ya antes con la legalización del PCE, primeras elecciones generales del 15 de junio del 77, dimisión de Suárez, otoño de 1980... etc., etc.) que a los asustados políticos del consenso, la libertad y la democracia no les quedó otro remedio, como mal menor, que abdicar en parte (en mucha parte, diría yo) de sus funciones y prerrogativas democráticamente recibidas del pueblo español y echarse en manos de un señor sin ninguna legitimidad democrática evidentemente, elevado a la Jefatura del Estado por decisión unipersonal y testicular de un cruel dictador, pero que tenía detrás de él los ya un tanto oxidados (pero, no por ello, menos temibles) cañones de la victoria del Ebro.

Y don Juan Carlos, faltaría más, se daría cuenta enseguida del poder que tenía en sus manos (el de los generales franquistas que ¡jojo!, años después lo tildarían literalmente de «traidor» al Movimiento Nacional e irían contra él) y, ya desde el principio, decidiría usarlo para satisfacer su ego monárquico-imperial, sus ansias de no ser para nada un rey «figurón», un vividor, y poder gobernar *de facto* el país que le había puesto en bandeja el generalísimo de los Ejércitos nacionales. Era actuar todo lo que las circunstancias y la acobardada clase política de la transición le dejaran. Y para ejercer ese poder, castrense fundamentalmente, enseguida se daría cuenta también que necesitaba ser el hombre mejor informado del país (la información es poder en cualquier lugar y circunstancia, pero mucho más aún lo era en la atormentada España de entonces), y que para ello necesitaba dominar los servicios secretos militares, los mejores y más dotados del Estado, y en particular los del Alto Estado Mayor y Presidencia del Gobierno (antiguo SECED de Carrero Blanco), que a partir de 1977 se transformarían en el CESID (Centro Superior de Información de la Defensa). No dudaría, en consecuencia, el último Borbón en llamar a capítulo a La Zarzuela a sus máximos dirigentes y en colocar a

sus fieles peones al frente de los mismos a la primera oportunidad (en 1981, después del 23-F, situaría al frente del CESID a su amigo y confidente el monárquico coronel Alonso Manglano); sin menospreciar por ello la valiosa información de todo tipo que le servían, precisa y oportunamente, sus fieles militares de palacio: Armada, Milans, Fernández Campo, el marqués de Mondéjar, Muñoz Grandes... etc., etc.



El rey Juan Carlos I ha ejercido pues, como digo, prácticamente desde su ascenso al trono de España, como una especie de super presidente del Gobierno de la nación o, si lo queremos decir de otra manera, como jefe de un Gobierno paralelo en la sombra que decidía y luego presionaba al legítimo para que éste hiciese suyas esas previas decisiones regias y las pusiera en circulación como propias. Luz y taquígrafos; así de claro y así de sencillo. La lucecita de El Pardo, a la muerte del dictador, se había mudado subrepticamente a La Zarzuela para seguir alumbrando el feliz sueño de todos los españoles. A destacar que sobre todo en la etapa de Adolfo Suárez el monarca casi ejerció de «dictador máximo» al utilizar como una marioneta al presidente del Gobierno y futuro duque de Suárez (con fama de duro y de decidido y, sin lugar a dudas, lo era), que desde su designación en 1976 le profesaba una gratitud y una consideración sin límites que le llevarían incluso a perdonarle su «traición» ante los generales franquistas que exigieron, y consiguieron, su cabeza política en bandeja de plata. Todo fue a fin de parar como fuera el golpe involucionista puro y duro que aquéllos preparaban para primeros de mayo de 1981 y que, sin embargo, el rey no lograría desactivar totalmente hasta que el general Armada consumara su tragicómica maniobra de salón, autorizada previamente por La Zarzuela, desencadenada, dentro de su bananera escenificación, en los alrededores del Congreso de los Diputados a partir de las 16:20 horas del famosísimo y penoso 23-F. Pero ello le costaría al sacrificado valido palaciego una fortísima condena de treinta años de prisión militar y la pérdida de su carrera sin que su impávido señor, que lo tacharía públicamente de «traidor», moviera un solo dedo para ayudarle en tan comprometida situación.

Con la llegada de los socialistas al poder, en 1982, el último Borbón todavía se crecería más en su subterráneo poder. Ello fue así porque, en ese

momento, ya era plenamente consciente de que dominaba totalmente a los mandos militares después de que éstos se hubieran rendido sin condiciones previas a su regia persona (vía Sabino Fernández Campo) poco antes de que el teniente coronel Tejero diera por concluida su chusca participación en el evento de la Carrera de San Jerónimo de Madrid, en la madrugada del 24 de febrero de 1981. Juan Carlos I era conocedor, asimismo, del terrorífico miedo que los uniformados despertaban en el PSOE, especialmente en Felipe González (que había aprendido muy rápidamente de los errores cometidos por Adolfo Suárez), quien muy pronto acabaría echándose en sus brazos para que le ayudase, ante los antiguos «espadones» franquistas, a que el Ejército, como institución, aceptara de buena gana el espectacular triunfo de su partido en las urnas e, incluso, prestase su colaboración en el futuro para la buena marcha del delicado proceso político en marcha.

El rey aceptaría encantado la petición de los socialistas. Más aún, no tendría la más mínima duda en ayudar a ese partido (que se había encaramado al poder político en España con el espectacular respaldo de diez millones de votos) a desmontar el residual poder fáctico del Ejército franquista; pero, eso sí, fue a costa de ser él, su regia persona, la que diese el visto bueno a todas las decisiones importantes del futuro Gobierno socialista: las legales, las políticamente correctas, las rodeadas de una moralidad incontestable y, también, las otras, las gestadas en las cloacas del Estado, las auspiciadas por los servicios secretos en su guerra sucia contra la banda separatista ETA.

Recibiría para ello el monarca información privilegiada y directa del CESID, desde la misma creación de este organismo centralizado de Inteligencia en 1977. Después, a partir de octubre de 1981, cuando colocó al frente del mismo a su íntimo amigo y confidente el coronel Alonso Manglano, su relación con este centro de información del Estado sería continua, especial, secreta y estrechísima. En concreto, el antiguo «paraca» reconvertido en jefe supremo de los militares/espías españoles, que hizo, sirviendo dócilmente a su amo, una brillantísima carrera militar (de coronel a teniente general sin salir de su despacho de espía y sin cumplir jamás los requisitos reglamentarios para los sucesivos ascensos), le informaría regularmente, durante años y años, en La Zarzuela (a veces a altas horas de la madrugada), facilitándole documentos secretos supersensibles. Emilio Alonso Manglano puso a disposición del último Borbón, una y otra vez, datos y análisis de los distintos departamentos de «La Casa» de los que nunca jamás dispondría (o dispondría

mucho más tarde) el Gobierno legítimo de la nación, que sería «puenteado» constantemente por el general y sus esbirros.

Así pues, no debe extrañar a nadie que yo rebele, aquí y ahora, que fue el rey, siempre vía Alonso Manglano, el que primero tuvo en sus manos (antes incluso que el propio Felipe González, presidente del Gobierno socialista) la famosísima *Acta Fundacional de los GAL*, siniestro documento de «La Casa» que, tras el visto bueno de las altas instituciones de la nación, pondría en marcha la reprobable e ilegal guerra sucia contra la banda separatista ETA en la primavera de 1983 y que se saldaría con 28 asesinatos de Estado. De la misma manera que años antes, en julio de 1979, sería también el rey el que primero tuviera en su despacho un documento muy similar, confeccionado por el todopoderoso CESID de la época y con los mismos fines: el denominado *Informe-Propuesta sobre la lucha antiterrorista*, que en aquella ocasión sería rechazado con vehemencia por el Gobierno centrista de Adolfo Suárez.

En ocasiones puntuales, cuando la urgencia del asunto o su importancia lo requerían, el fiel director del CESID informaba personal y exclusivamente al rey por teléfono (línea directa y con secráfono, por supuesto), saltándose de ese modo a la torera cualquier condicionamiento jerárquico y lealtad institucional. Asimismo, don Juan Carlos era receptor privilegiado de la información sensible y reservada que generaban los centros de Inteligencia de los tres Ejércitos; si bien, todo hay que decirlo, el de Tierra, con sus máximos responsables tradicionalmente muy poco monárquicos y de extrema derecha, nunca resultaría muy diligente que digamos con su «comandante en jefe» y procuraría reservarse muchos informes; y, aún más, «procesar» todos los datos negativos sobre la Corona que cayeran en sus manos. Hablamos de *dosiers* secretos sobre la figura del rey, su vida privada, sus amoríos, sus manejos políticos, sus intrigas palaciegas, sus afanes económicos... un material del que este modesto autor tuvo precisas referencias en sus cuatro años de destino en la cúpula militar del palacio de Buenavista de Madrid, y que, estoy seguro de ello, todavía permanece en buena medida en los fondos reservados de la División G-2 (Inteligencia) de ese alto organismo de mando y control de las Fuerzas Armadas. No obstante, esperemos que algún día, no muy lejano, cuando la verdadera democracia se asiente de una vez en este país y el sucesor de Franco, «a título de rey», deje de ser la divinizada figura que ha sido durante tantos años, pase a conocimiento de todos los ciudadanos del Estado español.

Dueño de la abundante y sensible información que le proporcionaban constantemente los centros de Inteligencia de las FAS y sus leales de palacio (militares, pero también algunos políticos), que le convertían, sin exageración de ninguna clase, en la persona mejor informada del país (y, por ende, con más poder de decisión), al rey Juan Carlos le gustaba siempre bromear y «chascarrillar» con los sucesivos presidentes del Gobierno que acudían a La Zarzuela a despachar con él. A éstos, invariablemente con aire trascendente y cómplice, interrogaba sobre los asuntos que en cada momento se encontraban en el candelero político y social del país. Haciéndose el ignorante, el Borbón, ávido de saber, preocupado por el cariz que en algunos momentos llegaban a tomar determinados acontecimientos, acababa por soltar, siempre entre sonrisas y muy divertido, informaciones que el jefe del Ejecutivo de turno desconocía totalmente. Y, por supuesto, al finalizar el despacho, cuando su perplejo interlocutor todavía no se había repuesto de la sorpresa inicial, Don Juan Carlos se permitía «proponerle», más como amigo que como superior jerárquico institucional, la decisión o decisiones que, según él, un inteligente hombre de Estado debería tomar para reconducir la situación de forma conveniente.

Este peculiar *modus operandi* real sería el guión oficial en muchísimas entrevistas entre el monarca español y sus respectivos jefes de Gobierno durante la transición y de él tendrían puntual conocimiento los medios de Inteligencia militares gracias a la inveterada y enfermiza costumbre del rey Juan Carlos de contar sus más nimias experiencias personales y políticas a aquellos validos y militares de cámara que le han venido sirviendo dócilmente a lo largo de su extenso reinado. Así ha sido posible que algunas personas, esencialmente castrenses, que siempre hemos tenido muy buenas relaciones con los Servicios de Información del Ejército, estemos ahora en posesión de abundantes datos sobre la vida personal y política del último Borbón y que, en consecuencia, a día de hoy, pueda ver la luz un libro como éste.

Ésta es una obra que, desde luego, se lo advierto al lector que no lo haya percibido ya por lo que lleva leído, no cuenta, ni contará jamás, con el beneplácito o el *nihil obstat* del monarca que ha reinado y «gobernado» a sus anchas este bendito país desde noviembre de 1975. Lo pudo hacer por la gracia y la cabezonería de un militar medio analfabeto que, después de arrasar la nación española en una cruenta guerra civil y masacrar a decenas de miles de luchadores demócratas, se permitió el lujo, con la perruna aceptación de

millones de españoles, eso sí, de «reinstaurar» una monarquía obsoleta y sin sentido en las postrimerías del siglo XX, sacándose de la manga un rey *ad hoc* y dotado genéticamente con el desastroso pedigrí histórico de los Borbones. Ha sido un salto en el vacío que, después de un moderado éxito inicial y de unos cuantos años de paz interior (debido, esencialmente al peligro que durante todo ese tiempo han representado para el pueblo español unas Fuerzas Armadas fascistoides y golpistas) amenaza ahora, a principios del siglo XXI, con llevarnos nuevamente, a los ciudadanos de este país, a los preocupantes primeros años de la década de los treinta; todo ello si no lo remedia, espero que sí, la inteligencia, la paciencia, la tolerancia y el deseo de paz y concordia del, en ocasiones, «aborregado» pueblo español, que lo mismo despide multitudinariamente y con lágrimas en los ojos al feroz dictador que lo reprimió a sangre y fuego durante cuarenta años que recibe con alborozo, papanatismo y doblando la cerviz, al advenedizo príncipe impuesto por el anterior.

Tras el triunfo de los «populares» de Aznar, en 1996, con su reinado «absolutista» ya en franca decadencia, pues ni los años ni la política perdonan en este país, el rey Juan Carlos lo tendría un poco más difícil para seguir mangoneando a sus anchas, ya que de todos es bien conocido el poso antimonárquico y falangista de la derecha española. Pero pronto sabría adaptarse a los nuevos tiempos y encontrar la forma de seguir siendo la «lucécita de El Pardo», aprovechándose de la inicial debilidad del primer Gobierno de Aznar (que no consiguió, como todos sabemos, la mayoría absoluta y tuvo que pedir ayuda a vascos y catalanes) y de su buena relación con Jordi Pujol.

El último Borbón español se escudaría siempre, eso sí, dentro de su peculiar juego de poder en la atormentada España de la transición, en su irresponsabilidad personal, en su inviolabilidad, en la impunidad total que le otorga una magnánima y angelical Constitución hecha a su medida en unos momentos históricos de pánico político y social para, como digo, intervenir, aconsejar, influir, asesorar... al Ejecutivo de turno, democráticamente elegido por el pueblo, en cuantas decisiones importantes tuviera que tomar para la correcta dirección del país. De este modo, hasta se permitiría el lujo, en determinados eventos de especial relevancia (como quedará reflejado con todo detalle a lo largo de las páginas del presente libro), de dirigir personalmente, en secreto y al margen de las leyes, la adecuada solución de los mismos, como en el archifamoso caso de la intentona involucionista del 23-F. Tengamos muy presente que en ésta, saltándose